

La mujer que observaba desde la cima en el Viejo San Juan, Puerto Rico

Iris Mónica Vargas

Cuando ya habían hecho despliegue de su furia los vientos, el 17 de septiembre de 2017, y se había posado sobre todas las formas el silencio, un huracán apenas comenzaba su acecho. Lo que te cambia, lo que logra transformarte para siempre, no es el rugido de la boca amplia e invisible que llega desde el mar en espiral, sino lo que ocurre después.

Hace muchos años, cuando apenas era una niña, mi familia y yo experimentamos el paso del huracán Hugo. Vivíamos entonces en un humilde barrio en las montañas de Puerto Rico. Nuestra casa era sencilla, así como lo era todo a nuestro alrededor. No teníamos abundantes recursos económicos. No había ocasión para placeres comunes como ir a comer a restaurantes los viernes, o algún otro día de la semana; no había viajes de vacaciones a otros países, ni colegios privados, o lujos de tipo alguno. Un solo regalo el día de Navidad. Mi padre había construido con sus propias manos la casa en la que vivíamos: una casa hecha de madera que muy pronto habría de podrirse en los lugares donde se supone hiciera contacto con la tierra.

Esos espacios me hacían posible familiarizarme con todo tipo de insecto con el que compartíamos nuestro patio. La estructura que nos albergaba tenía una sola ventana en la pared anterior que daba espacio a la puerta de entrada. Todo lo demás —la única habitación-cuarto de baño de la que consistía —era oscura.

Tanto mi madre como mi padre trabajaron muy duro. Ahorraron dinero toda su vida, con mucha

disciplina, tal que un día pudieran construir lo que se convertiría en nuestro nuevo hogar: una casa de cemento que tomaría treinta años de trabajo (por todos nosotros), y mucha paciencia (de parte de todos), antes de que *casi* estuviera lista. Fue esa estructura, cuando apenas había sido erigida una cuarta parte de lo que sería, la que nos habría ayudado a sobrevivir después del huracán Hugo. Cada año, mi escuela enviaba a casa un documento, a manera de encuesta, el cual contenía una línea que mi padre completaba del mismo modo siempre: \$19,000/año. Realmente era lo mismo cada año. Bromeábamos que su trabajo, sin embargo, era uno diferente cada vez. Éramos una familia de cuatro. Nuestra historia no es única: se asemeja a la de muchas otras familias puertorriqueñas.

Después del huracán Hugo, pasamos tres meses sin el servicio de agua y dos sin el servicio de electricidad. Aprendimos a racionar el agua para limpiarnos, utilizando una palangana en la que vertíamos —y rehusábamos en el mismo ciclo de acicalarnos— no más de medio galón de agua, si eras un adulto, y no más de un litro de agua, en el caso de que fueras un niño.

Esos fueron los más breves, y más eco-conscientes actos de aseo que he tenido que practicar alguna vez.

Mi madre lo mantenía todo muy organizado tal que la vida pareciera menos azarosa y caótica de lo que era. El agente antibacterial era nuestra salvación. Todo eso también forma parte de la historia de muchas familias después del huracán.

Hace dos años, desde el instante cuando escuché la noticia —un huracán se había formado y era inminente su embate— habrían regresado a mi memoria los recuerdos de mi infancia en el Barrio Bajuras de Vega Alta. Recordaba bien que la

Iris Mónica Vargas. Estudiante de Medicina en Puerto Rico. Maestra en Física y *Science Writing* por la Universidad de Puerto Rico y el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Correo-e: irismonicav@gmail.com

experiencia emocional de escuchar el sonido del viento en la oscuridad, tan amenazante como pareciera, sería la preocupación de menor importancia. Esta vez, sin embargo, soy madre. Y aunque mi situación económica ya no es de desventaja como lo fue durante mi crecimiento, cuando ya habían mermado los vientos, y tres semanas habían transcurrido desde el paso del huracán María, conforme se reducían nuestras provisiones, y cuando escuchaba a los locutores de la única emisora que lograba transmisión a través de la Isla aceptar, cándidamente, que necesitaban información, y pidiendo que algún reportero —o cualquiera otra persona— con acceso a transporte, trajera información —la que fuera— que pudiera describir para el resto de nosotros el estado de nuestro país, lo que ocurría más allá de nuestros vecindarios, un intenso sentimiento de urgencia, inclusive miedo, se apoderó de mí.

El mundo de otros continuaba su marcha, mientras el nuestro, de algún modo, había detenido la suya, y parecía como si nadie pudiera escucharnos. Era un hecho que las torres de comunicación habían colapsado en su mayoría: estábamos aislados del resto del mundo.

Creo que jamás había comprendido lo que significaba nuestra condición política — ser parte de los Estados Unidos pero no realmente; un estado libre pero asociado, existiendo como una colonia (una de las últimas en existencia) de una poderosa fuerza política en el mundo, sin la autoridad para fraguar nuestros propios tratados y negociaciones económicas con otros países; existiendo, extrañamente, como propiedad del gobierno de un grupo de personas, muchas de las cuales nunca han sentido curiosidad siquiera por nuestra cultura, y quienes, en algunos casos, inclusive desconocen la ubicación geográfica de nuestra isla. Nunca antes había estado plenamente consciente de lo que significa jamás ser observada como igual.

Hay algo, un “acto” que siempre veía a la gente hacer y que me llamaba mucho la atención cuando era una niña. Es algo que nunca he podido describir exactamente, y sé que sonará un tanto extraño. Cada vez que nosotros —mi familia y yo, mis amigos y yo, mis compañeros de clase — visitábamos el Viejo San Juan, el corazón de la

capital de Puerto Rico y centro principal del turismo de nuestro país, cada vez que nos deteníamos cerca a un turista, nos convertíamos en actores y actrices, un tipo de performers. A esto me refiero: se alzaba el volúmen de nuestras voces, nuestras risas se tornaban más alocadas, desplegábamos nuestros hábitos diarios de un modo más teatral, como si siguiéramos el impulso de un performer para una audiencia que asumíamos curiosa y llena de interés por quienes éramos. Permanecíamos, no obstante, sin importar nuestra insistencia en ser reconocidos, actores y actrices ignorados.

Cada vez que pienso en mis días de infancia, o inclusive en mis años de universidad, cuando me encontraba cerca a un turista norteamericano, recuerdo haber sentido, tal vez no de un modo completamente consciente, un particular sentimiento de invisibilidad. No era que quisiera parecerme a ellos, que deseara imitarles o que aspirara a lo que tenían o representaban: sabía bien lo que ellos poseían. Estaba en todas partes a mi alrededor —en todos los centros comerciales, en cada promoción en la televisión. Era más bien un asunto de curiosidad —de ellos acerca de mí. ¿Por qué no sentían curiosidad por mí, por lo que yo representaba como ser humano, y como cultura?

Es cierto: sin importar el lugar del que se hable, un turista raramente posee el detalle de reconocer, la introspección para comprender, o la sensibilidad para percatarse de, la presencia del anfitrión. El lugar visitado se convierte en un objeto simplemente, el vehículo a un propósito, y todo a su alrededor se mezcla inconsútil. Las personas desaparecen como individuos; son solo manchas de colores de formas irreconocibles, indistinguibles. Tal miopía, sin embargo, se torna especialmente evidente e incongruente cuando el turista y el anfitrión no son totalmente ajenos uno al otro, no son extraños, y sostienen entre ellos, presumiblemente, algún tipo de lazo o relación: una asociación para bien o para mal, que comenzó como una invasión en el año 1898, hace más de cien años.

A medida que transcurrían las semanas, se alargaban las colas para conseguir el combustible de automóvil en las estaciones de gasolina. Las esperas en los supermercados, para lo que quedara

de alimento o lo que apenas hubiese sido recibido, se prolongaban. La espera en las colas o filas, en general, podía extenderse durante todo un día. Podía uno avistar más personas explorando las laderas que enmarcaban la autopista para aprovechar los chorros de agua que bajaban de las montañas y colocarlos en contenedores que llevarían de vuelta a sus casas. Buscábamos, apasionadamente, aquella señal de teléfono celular que continuaba escurriéndose por toda la carretera 52, y cuando la hallábamos, nos deteníamos súbitamente, sin importar dónde nos encontráramos o si había o no autos detrás del nuestro, al margen de la carretera o en el carril de la derecha —cientos de personas detenidos en distintos lugares a lo largo de la autopista 52, empleando la última pizca de energía en sus artefactos de comunicación, y el último litro de gasolina en los tanques de sus vehículos, tan solo para tener oportunidad de decirle a alguien que estábamos “bien”. Poco a poco íbamos comprendiendo que estábamos solos.

El mundo sabía más de lo que había pasado que nosotros mismos. Algunas veces, sin embargo, el mismo mundo hubiese jurado que de todo sabía más. Más tarde habría de leer un reportaje en un periódico acerca del USNS Comfort, un barco-hospital perteneciente a la marina de los Estados Unidos de América, y anclado cerca a una de nuestras costas, en el que citaban a un portavoz del barco diciendo que los médicos a bordo pasaban días atendiendo a un número reducido de isleños —como si hubiésemos decidido malgastar, insensiblemente, el gran y costoso recurso del que nos habían “permitido” hacer uso. En realidad, sin embargo, aquel era uno de muchos recursos a los cuales no teníamos acceso.

Muchos médicos no conocían sobre el bote-hospital, y para aquellos que sí sabían del mismo, el proceso de referido resultaba uno complejo e ineficiente. Muchas carreteras estaban cerradas. Habían colapsado muchos puentes. Comunidades enteras se encontraban incomunicadas del resto del país. La gente no tenía acceso a servicios de Wi-Fi. No podíamos comunicarnos entre nosotros mismos y mucho menos con el resto del mundo. Por supuesto la mayoría no sabía de aquel barco.

No teníamos acceso a los reportes de noticias. El combustible era escaso: un recurso para ser usado con mesura. Hombres y mujeres no tenían acceso a hospitales, y muchas veces, cuando finalmente podían llegar a uno, de tratarse de una aflicción identificada como una sin premura, eran instruidos a regresar a sus casas y esperar.

En otras ocasiones los hospitales mismos carecían del equipo necesario para ayudarles. Se suscitaban retrasos, y empeoraban las condiciones crónicas. 4,645 personas —abuelos y abuelas, madres y padres de familia, hijos e hijas de alguien— se convirtieron, paulatinamente, en polémicos datos de estadística en la secuela de un huracán. Cada cuerpo, aún después de la muerte, hubo cubrirse con la mugre de la espera. Esperaban para ser transportados a San Juan tal que su condición de ausencia pudiera ser confirmada por el médico forense, o esperaban a que el médico forense llegara a ellos para que constaran, formal y finalmente, como consecuencia de un desastre.

Aún así, un presidente y un gobernador habrían de negarles. “Ellos tienen entre 6 y 18 muertes”, decía un presidente. El registro oficial en Puerto Rico reconoció apenas 64 de ellos, nuestros muertos.

Si la historia de Puerto Rico ha sido contada, frecuentemente, sin un final heroico, sin el vigor, el arrojo, la energía y la vitalidad de su gente; si es raramente contada sin la mención de la dedicación y el esfuerzo de sus padres y sus madres, a través de los años, para erigirle un techo a sus hogares sin importar las circunstancias; y si los cuentos que hilvanan en torno suyo no cuentan la creatividad y persistencia de sus hijas y sus hijos, y la fuerza de su Pueblo, es solo porque la historia difundida casi nunca es la hemos de contar con nuestra propia voz.

Millones de ramas, derribadas por el huracán durante su paso, fueron recogidas por vecinos de todos los vecindarios de la isla, el día después de que los vientos se hubieran disipado. Estudiantes de medicina organizaron actividades a través de todo del país, para ayudar. Mi colega, Estefanía Rivera Mudafort, por ejemplo, organizó un

recorrido navideño aquel diciembre, repartiendo regalos a niños de barrios desaventajados económicamente, y muchas veces olvidados, en el pueblo de Loíza. Caminando a su lado uno de aquellos días, vi a un vecino que intentaba desenredar y organizar cables de alta tensión que obstruían la entrada a su casa, ataviado con botas hechas de material aislante. En otro barrio, cables de alta tensión que habían resistido el empuje del huracán, y resistían aún el brazo de la gravedad, colgaban, amenazantes, a la altura de las cabezas de los niños mientras estos zumbaban demasiado cerca en sus pequeñas bicicletas.

En toda la isla, se pondría de pie un País, reparado y reconstruido por voluntarios y vecinos ayudándose unos a otros. A través de acciones tan complicadas y peligrosas como el manejo de cables vivos de alta tensión —que nunca llegaron a arreglarse antes de que regresara el servicio eléctrico—; o de actos triviales como remover iguanas que merodeaban por el vecindario (a cambio de una bolsa de aguacates frescos que servían para acompañar una dieta de arroz y habichuelas); a través del esfuerzo de estudiantes que, llenos de cariño, ayudaban a limpiar sus propios planteles escolares; y de los múltiples rótulos de inspiración para seguir adelante, sorprendiéndote en cada esquina de una calle y recordándote lo valioso que eres y el poder con el que cuentas como Pueblo, Puerto Rico mostró su solidez, su integridad, su gran estatura y su inconmensurable fuerza interna.

Mi abuelita, una octogenaria que padece de una condición cardiovascular crónica, permaneció sin servicio eléctrico durante aproximadamente seis meses después del huracán. A dos años del paso de este último, cuando lanzas tu vista al horizonte, en varios puntos de la carretera 52, te sorprende un mar azul de carpas.

Entonces, el 9 de julio de 2019, fue publicada, extendiéndose por más de 800 páginas, una larga conversación entre el gobernador de Puerto Rico y varios miembros de su gabinete y colegas cercanos, en la cual se burlaban de puertorriqueños y puertorriqueñas en su diversidad —víctimas del huracán, mujeres, personas con obesidad, miembros de la comunidad LGBTQ+, personas de algún modo percibidas como

desaventajadas, e indirectamente, inclusive, aquellos que perdieron sus vidas en la secuela de María. Fue en ese momento que el pesar acumulado durante los años anteriores hubo de atravesar una poderosa transformación.

Lo entiendo, porque así, también, ocurrió dentro de mí

Era como si la invisibilidad que había sentido aquellos años de mi niñez cada vez que me encontraba cerca a un turista norteamericano en el Viejo San Juan hubiese resurgido. Esta vez, sin embargo, no era un sentimiento mudo: las palabras lo vestían. Era tangible. ¿Cómo podía quien había sido elegido para representar los intereses de todo un Pueblo, quien se supone pudiera comprender los retos que enfrentan diariamente los integrantes de nuestras comunidades, tratarnos como si fuéramos invisibles, como si, colectivamente, y en nuestra propia tierra, fuéramos completamente Ausencia?

Pueden transcurrir los años antes de que sea uno capaz de acomodar las palabras exactas para describir con precisión aquello que uno siente de manera más íntima. Aunque sé que el tiempo habrá de permitirme la forma de expresarlo de una mejor manera, por ahora, será suficiente una metáfora.

Recuerdo la primera vez que serví como voluntaria en un hospital, mucho antes de iniciar mi solicitud a la escuela de medicina. Era una de esas voluntarias cuyo trabajo es transportar pacientes de un lugar del hospital a otro. Uno de los primeros pacientes a quien asistí era una amable mujer a quien debía llevar en su silla de ruedas al departamento de radiología. Debía recibir un examen radiográfico. Luego de que hubiésemos conversado por un rato, y hubiera compartido conmigo algunos de los detalles de la condición que la afligía, levantó la tela de su bata para mostrarme sus pechos. Quería que yo pudiera ver las cicatrices que había dejado sobre su piel la enfermedad. Era importante para su historia. Alguna vez escribí sobre la experiencia de haberle conocido. Comprendí, aunque me tomó mucho tiempo hacerlo, que aquella mujer había necesitado tomar posesión de su historia otra vez — de su identidad —, reclamando su cuerpo y los

males que le debilitaban, como suyos, como cosas que pudiera nombrar ella misma, en lugar de continuar aceptando que fuera otro quien nombrara todo en ella. Su regreso de la invisibilidad —cualquiera que ella fuera—, y a la dignidad de la visibilidad, no solo con respecto a otros sino también con respecto a sí misma, dependía de que pudiera contar su propia historia, recuperando aquello de lo que la medicina, con su agarre paternalista y arrogante, se había apropiado.

No estuve en Puerto Rico el miércoles 24 de julio de 2019, y lo lamento. Había estado tomando un curso fuera de la isla, y me encontraba esperando a que abordáramos el avión con destino a la ciudad de San Juan. En aquel momento, cuando mis compatriotas se reunían frente a La Fortaleza, en el Viejo San Juan, miraba desde un terminal del aeropuerto la transmisión en vivo que mostraba la celebración: el gobernador de Puerto Rico había anunciado su renuncia. Las cámaras de televisión mostraban una escena de júbilo — gente riendo y cantando en las calles de la ciudad. Se observaba algún que otro de la generación silenciosa, algunos Baby Boomers, muchos de la generación X y muchos Millenials. Sabíamos que aquella fiesta

era disfrutada por gente de todos los partidos políticos. Subí el volumen de la transmisión. Sostuve mi artefacto electrónico tan lejos de mi cuerpo como me era posible, tal que lo que estaba viendo pudiera ser apreciado por todo quien estuviese en mi cercanía. Estaba haciendo aquello que sentía habíamos hecho todos una vez, en el Viejo San Juan, frente al turista norteamericano que no se permitía mirarnos: estaba *performando*. En esta ocasión, sin embargo, no me importaba si podían o no verme, y sí que alcanzaran a ver lo que estaba viendo yo.

En un pietaje subido a facebook, vuelto viral, de aquella tarde, eléctrica, una mujer, edad indescifrable, yacía de pie sobre el techo de un edificio en el Viejo San Juan, conmovida hasta las lágrimas, observando la gente bailar y cantar en la calle, pintándose todos en perfecto enfoque, tal que todos en cualquier parte del mundo pudieran ver y escuchar un Pueblo que había logrado encontrarse, que era capaz de verse con prístina claridad como el País que siempre ha existido, con el poder — que siempre ha sido nuestro — para existir con dignidad.

Recibido: 25 de mayo de 2019.

Aceptado: 12 de junio de 2019.

Conflicto de intereses: ninguno.



Medicina Social

Salud Para Todos